

ESPAÑA



Madrid, 19 de mayo.

1923

Año IX.—Núm. 370

SEMENARIO DE LA VIDA NACIONAL

SUMARIO

El dilema, por Miguel de Unamuno. - Mezcla, por Ramón Gómez de la Serna. - Los conservadores en el Poder (Editorial). - Cataluña. El Estatuto de la Autonomía: II, por Salvador Albert. - Poesías, por F. Martínez Corbalán. - Benes y Alfonso XIII (De «L'Europe Nouvelle»). - Hambre de tierra (conclusion), por Lovro Kuhar. - Anales de ocho días, por Tito Liviano - Un rasgo magnífico. - Letras italianas Ada Negri, por Ettore De-Zuani Reflejos: Más en torno al agrarismo gallego, por Juan Jesús González. - La Conferencia Panamericana: Un triste desenlace, por Camilo Barcia Trelles. - Libros y revistas.

EL DILEMA

Es indudable que en España estamos pasando por una muy honda crisis histórica, vital, que es acaso la del parto de la nacionalidad española. Y esta crisis se presenta, como semejantes crisis suelen presentarse en la historia de los pueblos: en forma dilemática. Que a las veces se revisite de antinomia.

Los que pretenden ahondar más perdiéndose en categorías muy poco históricas o sea fantásticas nos hablan de la España oficial y de la España vital. La pedantería catalanista—que es una de las más formidables pedanterías—está haciendo sonar a troche y moche eso de problemas vivos y regiones vivas y toda frasca de viveza. Mala literatura y nada más.

El dilema le sentimos todos y nos acucia y aprieta. Suele presentarse en estas formas: o dictadura o revolución; o despotismo o democracia; u orden o justicia; o reino o nación; o monarquía o república. Y hemos dejado para el último la forma más concreta, más siempre actual, más rica en contenido histórico.

Como se ve, ponemos de un lado dictadura, despotismo, orden, reino y monarquía, y del otro revolución, democracia, justicia, nación y república. Y es que toda monarquía, todo reino, tiende, naturalmente, a la dictadura y al despotismo, y más cuando se siente en peligro de muerte. De la oposición dilemática entre orden y justicia hemos de hablar otra vez.

Y el dilema se presenta de una manera polémica y apasionante y en tal forma que toda conciliación entre los términos dilemáticos se hace imposible. La monarquía republicana o el reino nacional son ya absurdos. No hay lugar para murciélagos crepusculares. El alba los ahuyenta.

El reino se nos aparece como una especie de capullo que envuelve a la nación en crisálida, y si la nación ha de

salir de su recinto tenebroso y volar al sol para propagarse y perpetuarse tiene que romper el capullo. Que por otra parte está ya podrido, deshecho. Deshecho si es que no infecto o sea no hecho. Porque acaso el reino uno de las Españas, la monarquía española, no ha llegado a hacerse, ha quedado infecta, en estado casi fetal. Fetal y fétido. Y muere de péñigo.

Los españoles que sienten el peso de la historia—y no añadimos viva, porque la muerta no es historia sino arqueología—los españoles que sienten la nacionalidad y sus destinos—es decir: de fuera del tiempo más bien que sólo del futuro—los españoles conscientes de su españolidad miran con cierto pavor al dilema y no son pocos los que quisieran detener el curso de la historia pecando así contra el Espíritu Santo. Pero el dilema, como la legendaria Esfinge, devora al que no le descifra el acertijo.

Y lo más vivo, lo más histórico del dilema o problema, del problema dilemático, que ni se puede separar una monarquía del monarca ni una república de los republicanos—no siempre republicanos—, como tampoco un reino del rey ni una nación de los nacionales. Y hay que escoger entre un monarca y unos republicanos, un rey y unos nacionales o ciudadanos. Y el que diga que cabe que unos republicanos sirvan a un monarca o éste a aquéllos, unos ciudadanos a un rey o un rey a unos ciudadanos, sabrán Derecho político pero no política, estarán versados en filosofía social mas carecen de sentido histórico. Cuando el dilema, rompiendo disfraces, aparece como hoy en España monarca y republicanos, rey y ciudadanos son incompatibles. Y lo decimos serenamente, como historiadores y muy ajenos a eso que la chusma conservadora llama pasión partidista y más aún a lo que la canalla cortesana llama personalismos. No, hablamos como historiadores, o si se quiere como dramaturgos.

Nos decía un hombre que sientey comprenden en lo



MEZCLA

UN SUCESO TÍPICO

vivo el actual momento dilemático: «Cuando estudio al monarca, cuando me fijo en su actuación, en sus manifestaciones y sobre todo en su estilo me siento profundamente republicano; pero cuando estudio a los republicanos, cuando me fijo en sus andanzas y sobre todo en sus electorerías, en sus manifestaciones y sobre todo en su estilo, me siento profundamente monárquico.» Y le contestamos: «Pero es que así como una monarquía más que de monárquicos necesita de un monarca, así una república no necesita de republicanos sino de repúblicos.»

Nosotros creemos en la incoercible dialéctica inmanente de la historia y vemos—vemos, más que preveemos—que resolverán el dilema—para entrar en otro, ¡claro!—los mismos que tratan de conciliar lo inconciliable. «La política es el arte de transigir»—dicen los pobres diablos de politiqueros que no quieren empujar a los hechos sino dejarse arrastrar por ellos, pero suelen ser esos, los transigentes, los conformistas, los que tienen que romper las transacciones.

«Y ¿qué va a venir?»—preguntan los hombres de imaginación nula—. Y carecer de imaginación es la forma más temible de estolidez. Y al preguntar los inimaginativos, los marmolillos, los de sólo sentido común, qué es lo que va a venir, lo que preguntan es quiénes van a venir, qué gente conocida de ellos. Y luego resulta que no conocen gente; no conocen más que nombres.

Hay otros que dicen: «¡Bah! Seguirían mandando los mismos que mandan y todo igual.» Y no se les ocurre que aun en este caso el cambio sería profundísimo. El que siguiera, por ejemplo, el Gobierno que hoy hace como que gobierna, pero sin monarca, sería cambio mucho más radical que el que el monarca llamara a su Consejo a los republicanos radicales y otros. Esta es la historia. Y no decimos prescindiendo de las personas porque tenemos de la personalidad una visión histórica y no fisiológica. La persona del rey, v. gr., no es el individuo reinante.

Es, sobre todo, cuestión de estilo. Y aquí convendría estudiar los estilos regios: estilo saboyano, estilo hohenzollerniano, estilo borbónico, estilo habsburgiano, etc. Lo que no se puede, hablando de reyes, es hablar de estilo italiano, estilo inglés, estilo alemán, estilo español, etcétera. Los estilos regios no son nacionales, aunque algunos reyes de buena fe lo crean. Ni el ser castizo es ser nacional. La casticidad es una caricatura. Cualquier cómic puede representarla y con entusiasmo y conciencia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

IMPORTANTE

A los suscriptores de ESPAÑA que todavía no han hecho la renovación de su abono, les rogamos que se apresuren a enviar por Giro postal el importe de su descubierta, para evitar interrupciones en el servicio del periódico.

Los suscriptores y corresponsales del extranjero deberán remitirnos los fondos mediante cheque.

A la Girasol la han robado los mantones de Manila que tenía en su ropero, siete magníficos mantones de los siete colores, los siete mantones que lucía en los siete bailes de su número, los que daban luz en su baile.

Ni el traje de gran recepción de la princesa, ni el de la Emperatriz valen lo que esos siete mantones de flecos móviles como sutiles rabos de lagartija.

Como los curas tienen varias casullas para cada día de ritual, así tenía la bella Girasol sus siete mantones en el arcón de su cuarto. Tenía días en que sentía la obligación o el prurito de ponerse el morado, otros el rojo y otros el amarillo puro.

La Girasol sin mantones se sintió muerta, desnuda, desvalida. ¡Con lo que la había costado poseer sus siete mantones, tan difíciles de arrancar de manos de los mercaderes, que los acariciaban como perfumadas cabelleras de mujer!

¡Qué desnudez la de su cuarto sin los mantones de Manila!

Llamó a los guardias, que lucían en el teatro su gran tipo de pesados centuriones, al policía secreta que se atusa el bigote constantemente como un gato cazador, hasta al bombero de guardia que tiene tipo de guardia para caso extremo.

Nadie sabía nada de los mantones. El ladrón no había salido desde luego con ningún mantón puesto.

La Girasol lloró como no había llorado nunca en la vida, ni cuando se murió su padre, ni cuando huyó de ella el que la deshonoró.

Sin sus mantones se sentía helada en el invierno de la vida, y su llanto tuvo ese tirititeo que tienen los llantos frénéticos de las mujeres.

—¡Mis mantones!—gritaba desconsolada, acurrucada en el rincón del diván.

El ladrón se entregaba ya sin duda a las verónicas del optimismo en la soledad de la alcoba de sus ocultaciones. A cada mantón una verónica nueva, tan desenvuelta como si hiciese la rueda del mantón.

—¡Ole!

—¡Ole!

—¡Ole!

Todo el escenario se ha dado cuenta de lo que es perder siete mantones. Es algo inmenso como un cataclismo.

La mayor parte de sus compañeras no tienen ni un mantón. ¡Si ellas tuviesen un mantón! La prenda de seda y flecos en que se envuelven está alquilada a los alquiladores o alquiladoras de profesión que llevan todas las noches en una maleta los mantones que sólo sueltan un momento en hombros de la que se cimbreaba con ellos, de la que seca su cuerpecito en la capa de baño ideal.

—A la Girasol la han robado sus siete mantones—se va repitiendo por todo el teatro y después se repite en la calle, oyéndose los ¡Jesús! más grandes, los Jesús que se ven crucificados, todo lleno de sangre el Cristo del Gran dolor que ante lo excepcional del robo han evocado las exclamantes.

—¡Jezú!

Realmente, el ladrón de mantones es un canalla suprasensible, un arrebatador que sólo puede emparejarse con uno de esos saltatumbas que roban a los muertos.